

Algunas consideraciones ante la situación

Esteban Bilbao

Abril de 1934

(Tomado de AAVV, *Revista Comunismo (1930-1934). La herencia teórica del marxismo español*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1978, páginas 386-391, que reproduce el artículo publicado en *Comunismo*, número 34, abril de 1934.)

La falta absoluta de un partido revolucionario del proletariado ha hecho posible que, en España, al igual que en el mundo entero, el partido socialista siga ejerciendo la tutela política de la clase trabajadora. Era la socialdemocracia internacional un instrumento político forjado sobre la base de una concepción pacifista de la evolución histórica que excluía la necesidad de la lucha revolucionaria por el poder para la implantación del socialismo. Toda su estructura interna, su contenido ideológico, la educación de sus militantes, estaba inspirada en el supuesto del triunfo del socialismo a través del mecanismo pacífico de la democracia. Bajo todos conceptos, los partidos reformistas de la clase obrera, los partidos socialdemócratas, actuaron en función de la ideología burguesa, desconociendo los antagonismos fundamentales de clase y las consecuencias que de estos antagonismos se derivan, tanto en la esfera de la teoría como de la acción. Por esta razón los partidos reformistas no eran más que una prolongación de los partidos democráticos de la burguesía, no diferenciándose de estos últimos más que por una fraseología “socialista”, no extraída del contenido político de los intereses específicos del proletariado, sino de un vulgar amasijo de consideraciones morales de beatería cristiana. Este “socialismo” de pequeños burgueses aspiraba a la igualdad por medio de la educación, el ejemplo y las virtudes humanas desarrolladas por el progreso social. La democracia llegaría con el tiempo a hacer de la humanidad una inmensa cofradía de hermanos solidarios y desinteresados... La guerra europea dio un golpe mortal a este tejido de inocentes e interesadas supersticiones. La revolución rusa demostró que el socialismo solo era posible mediante la conquista previa del poder por el proletariado a través de una revolución triunfante. Que entre la clase trabajadora y las clases propietarias había una escisión radical, una solución de continuidad que entrañaba un pleito de tales proporciones que obstruía por completo el camino del desarrollo social. Que el problema no tenía otra solución que la destrucción completa de la propiedad y de todo el sistema social en que la propiedad descansa, y que ello sólo era posible mediante la estructuración de la sociedad a base de los intereses colectivos del proletariado.

Para arrancar la clase trabajadora a la influencia castradora de la socialdemocracia, con objeto de hacer posible el triunfo de la revolución obrera, se creó la Internacional Comunista¹, en calidad de partido político del proletariado mundial. La socialdemocracia “alimentaba” a los trabajadores con ideas nacidas del interés de la burguesía. Era necesario organizar un estado mayor dirigente que condujera al proletariado mundial con una ideología nacida de sus propios intereses históricos: sólo así era posible la liberación y la actuación triunfante de las masas proletarias. La Internacional Comunista inició esta tarea, pero no logró realizar su objetivo: los partidos comunistas han muerto miserablemente a manos de ese producto insólito que se llama el estalinismo, y el tesoro doctrinal y político de la Internacional Comunista, aumentado considerablemente con

¹ Nuestra serie: [Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales.](#)

toda la experiencia de estos últimos años, ha quedado depositado en un pequeño núcleo de revolucionarios que no ha tenido aun tiempo ni condiciones propicias para su expansión y desarrollo. Esta es la causa fundamental de que un partido, que es por todos conceptos la negación absoluta de la lucha del proletariado; un partido en que todo: ideología, táctica, costumbres, moral, sentimientos, deseos, voluntad, constituyen una unidad biológica antípoda a la que precisa el proletariado como conductor y guía en el camino del triunfo, pueda aparecer como la única “posibilidad” para la clase trabajadora, en los momentos más angustiosos de su existencia.

Pero lo que se pudiera considerar como una victoria del partido socialista en el seno de la clase obrera, es motivo de honda tragedia para el propio partido socialista y para la clase obrera también. Si el partido socialista tiene un mínimo de conciencia y de sentido de responsabilidad, se habrá podido dar cuenta de que si antes estaba en su papel en calidad de partido antirrevolucionario y cosechaba “triumfos” en la medida en que la clase trabajadora no sentía intensamente la necesidad de la revolución, hoy, por el contrario, su enorme ascendiente estriba en que, no existiendo un partido revolucionario que permita a las masas juzgar por comparación, ha hecho creer a casi todos los trabajadores que es un partido capaz de entablar la lucha suprema y conducir al proletariado a la victoria. Pero esto hay que demostrarlo, y la tensión de la clase obrera y la situación política de las clases sociales deja ya poco margen para el equívoco. Y si antes era fácil al partido socialista demostrar a la burguesía que no era un partido revolucionario, hoy no le va a ser tanto demostrar lo contrario al proletariado. Y de esta demostración depende su autoridad... y su existencia. Al partido socialista le tendría sin cuidado, en último término, el desengaño ulterior de las masas. Partido de burócratas y arribistas, nunca tuvo en gran estima los intereses efectivos de la clase obrera y sólo le interesó la consideración y el buen trato de los poderosos. Si hoy las cosas ocurren de otra manera es porque así lo ha dispuesto la propia burguesía y no porque el partido socialista haya hecho críticamente tabla rasa de su conducta anterior. Lo grave, lo terrible, lo trágico para el partido socialista es que en esta ocasión esta su propia cabeza sobre el tapete, sin la menor posibilidad de escape. No cabe ni la capitulación ni la traición para salvarse. Sólo en el triunfo completo de la clase obrera esta la salvación. Y a este respecto mejor que nadie conoce (o debe conocer) el partido socialista sus propias facultades combativas y organizativas.

Al parecer, el partido socialista se ha dado cuenta (la realidad entra por todos los poros de la piel) de que la burguesía va esta vez a la eliminación completa de todo lo que en el mundo obrero ha creado la evolución histórica. Y como al fin y al cabo el partido socialista forma parte integrante y se nutre de ese mundo obrero, el peligro de aniquilamiento amenaza también al partido socialista. Ya no se trata para el partido socialista de servir a la burguesía ejerciendo su influencia adormecedora sobre el proletariado, pues la burguesía le ha hecho saber que no solamente no le pagará nada por el servicio, sino que, por el contrario, una necesidad superior le obliga a ejecutar a su antiguo sirviente. Ante esta macabra situación el partido socialista grita aterrado: “Hay que hacer la revolución”, ni más ni menos que el reo de muerte, ante el patíbulo, aúlla: “Yo no quiero morir”. Y de acuerdo con sus temores el partido socialista emprende un viraje radical orientándose hacia posiciones revolucionarias. Ya el solo hecho de aludir a la revolución concentra en torno al partido socialista la casi totalidad del proletariado y de las masas populares. Todas las miradas se tornan hacia él; todos los brazos se le tienden; todas las voces le aclaman; todos los corazones se encienden de entusiasmo ante el mágico conjuro de la palabra redentora brotada de labios del partido socialista. Tal era el estado de saturación de las masas, que sólo esperaban la aparición de una vanguardia conductora.

Pero aquí es donde radica la mayor desgracia del partido socialista: la dirección de una revolución proletaria requiere cualidades de las cuales el partido socialista es la negación viviente. Téngalo bien en cuenta el partido socialista: el peligro mortal que acecha a toda la clase obrera no es un fenómeno casual, accidental y pasajero que se pueda ahuyentar con maniobras, trucos y habilidades. Las características actuales de la contrarrevolución obedecen a una necesidad apremiante del capitalismo. El peligro sólo es evitable venciendo a la contrarrevolución, y ello requiere no la simple amenaza revolucionaria, sino la victoria definitiva del proletariado. Lo que en los momentos actuales necesita la clase obrera es un partido que pueda, quiera y sepa *hacer*, no un partido que sólo es capaz de *amenazar*. Porque la contrarrevolución no es a la hora presente un producto de la libre elección de la burguesía, una cosa que puede hacer o dejar de hacer, una veleidad o un capricho, sino una necesidad insoslayable del capitalismo. La clase trabajadora se las tiene que haber no con la simple amenaza de la contrarrevolución, sino con el *hecho* de la contrarrevolución. Y esto de una manera inevitable.

Todo órgano es el producto de una prolongada función. Si se analiza la función de la cual ha venido siendo objeto, a la par que agente, el partido socialista español, se verá que la idea de la revolución jamás entró en sus cálculos. Ni su doctrina, ni su actividad, ni su conciencia, ni su voluntad tuvieron nunca por objeto un entrenamiento, una disciplina y una disposición revolucionarias. Todo lo contrario: el partido socialista se desarrolló en una negación radical y en una pugna constante contra toda tendencia revolucionaria en el seno de la clase obrera. ¿Cómo ha de ser posible, entonces, que de la noche a la mañana el partido socialista, por arte de birlibirloque, se presente armado de todas las cualidades opuestas a su propio contenido esencial? El hecho de que el partido socialista haya llegado a reconocer (la letra a fuerza de sangre entra) la necesidad de la revolución no quiere decir que haya de ser el propio partido socialista quien haga frente a la situación a la cabeza del proletariado. Esta tarca le está absolutamente vedada. Y si, por desgracia, llegara la hora suprema del desenlace sin que la clase trabajadora haya logrado crearse una cabeza apropiada, llevando por todo bagaje dirigente el contenido del partido socialista, tanto peor para la clase trabajadora y tanto peor para el propio partido socialista. Esto no quiere decir, en ninguna manera, que los socialistas sean incapaces de combatir; pero sí que el partido socialista no es un organismo de combate proletario y mucho menos un organismo dirigente; es decir, un partido con un pensamiento estricto de clase, que calcula y prevé las etapas de la lucha y prepara las fuerzas para el triunfo con voluntad firme, inteligencia fría y resolución apasionada. Y, sobre todo, no tiene derecho a aspirar al papel de vanguardia revolucionaria una dirección cuya única preocupación es esperar milagros que le ahorren la necesidad de la acción, aún cuando ello entrañe para el proletariado la pérdida de las posiciones esenciales. La primera cualidad de un partido revolucionario es la aspiración ardiente a la revolución, y el partido socialista no solamente no aspira a la revolución, sino que no quiere nada con ella por una carencia fundamental de voluntad de lucha y por una absoluta falta de compenetración tanto con la idea como con el hecho revolucionario. Un partido que no desea la revolución menos podrá prepararla. Lamentaría que los camaradas socialistas vieran en estas palabras menosprecio o afán injustificado de zaherir. Nada de esto. La verdad revolucionaria es incompatible con toda lisonja y con toda mentira convencional. Por otra parte, el exceso de amor propio nunca fue buen consejero para un revolucionario, ya que el espíritu de suficiencia limita el campo visual y no deja ver lo que hay más allá de las tapias del propio huerto. Una actitud crítica hacia todo, y con mayor razón hacia el partido político en que uno milita, es prueba de buen revolucionario.

Cuando el partido socialista, en estos momentos de apuro, intenta una renovación de sus valores, un cambio de rumbo político, un viraje brusco hacia las posiciones revolucionarias, a fin de ponerse a tono con las exigencias de las masas y las necesidades de la situación, da un poco la sensación de un naufrago que quisiera salir del agua tirándose a sí mismo de los cabellos. Es fatal que esto suceda. No se trata de un partido revolucionario que en presencia de un cambio de la realidad objetiva ha de variar sus consignas. En un partido fundamentalmente revolucionario esto siempre es posible, por la esencia misma del partido que lleva en su propio seno los elementos precisos para ello. Pero no es este el caso del partido socialista. Se trata de un partido fundamentalmente antirrevolucionario, purgado en toda una larga vida de reformismo y de colaboración de todo fermento capaz de servir de punto de partida a un viraje de tal envergadura. Y así vemos que el “viraje revolucionario” llevado a cabo en el partido socialista da como resultado una “nueva” dirección, en la que Indalecio Prieto es el trompetero mayor del partido, el vocero oficial de la nueva revelación. Por lo visto, lo único que ha guiado al partido socialista es el afán paleta del buen parecer parlamentario ante la opinión burguesa y no la eficacia organizativa y aleccionadora de las masas para tareas de grandes empeños. Porque. ¿qué podrá inspirar el partido socialista a los trabajadores por órgano de Indalecio Prieto que no sean las inevitables andanadas de la vulgar demagogia pequeñoburguesa del diputado bilbaíno? ¿O es que el partido socialista no es capaz de dar otra cosa que la ramplonería detonante de Prieto? Para este viaje bien se estaban Besteiro y Trifón Gómez en sus antiguos puestos. Y ¿qué diremos de “El Socialista”, el órgano por el cual se transmite a los trabajadores la inspiración del partido? No hay en este periódico ni una sola gota de auténtica sustancia proletaria. Todo se reduce a denunciar pasivamente las maniobras de la reacción, a reprochar al gobierno su “debilidad”, a dar lecciones de buen republicanismo, a hacer alardes de una perspicacia menuda, garrula y de corto alcance, todo ello en un lenguaje cursi de tendero de ultramarinos con pretensiones y remilgos moralistas y purificadores. Como si el problema planteado a los trabajadores consistiera en la tarea de reformar la política y las costumbres de los gobiernos de la contrarrevolución. En vano se buscarán en “El Socialista” orientaciones, resoluciones, actitudes de clase firmes y claras que indiquen un conocimiento profundo de la situación y el deseo y la voluntad de evitar la catástrofe por el único medio existente: la preparación sin vacilaciones ni miserables esperanzas milagreras del triunfo revolucionario del proletariado. Y es que el partido socialista no cree ni espera nada de la clase trabajadora, a la que solo emplea como elemento de maniobra; no para hacer, sino para asustar al enemigo con la necia pretensión de evitar que el enemigo obre. ¿En quién cree, pues, el partido socialista; de quién espera algo? El cuento es rehuir las durezas de la lucha; que sean otras fuerzas las que se encarguen de eliminar el peligro. Y en este afán, el partido socialista se agarra a factores puramente ilusorios, fantasmáticos, inexistentes, creaciones falaces de una imaginación asustada que no cuenta ni con sí mismo. Estos factores son: el bloque de izquierda republicana, Companys y el supuesto miedo del presidente de la República. Estas son las “fuerzas” con que los socialistas cuentan para evitar el triunfo del fascismo. En Alemania fiaban en la buena intención democrática de Hindenburg; en Austria, en las promesas constitucionalistas del canciller Seipel... Todo menos contar con la única fuerza existente: el proletariado; y ello por la sencilla razón de que tal actitud entraña el reconocimiento de la inevitabilidad de la lucha. La verdad, son unos bravos marxistas nuestros socialdemócratas.

Y es que no se puede saltar por encima de la propia sombra. La misión del partido socialista consiste no en dirigir y preparar la batalla proletaria, sino en evitarla siempre. Pero esta vez sólo hay un modo de evitar la batalla: la capitulación y la inmólación consiguiente. La teoría y la práctica del partido socialista es el resultado de una filosofía

de capitulación. Y cuando la clase trabajadora está pendiente de un partido de tales condiciones, lo mejor que puede ocurrir es que llegue el momento supremo y las masas tengan que defenderse a la desesperada, por su propia iniciativa, sin preparación, sin orientación, sin perspectiva y sin esperanza, como en Austria, o caer mansamente bajo el rodillo enemigo, como en Alemania.

¿Quiere esto decir que la situación es sin salida para la clase obrera española? No, ni mucho menos. La clase trabajadora española tiene todos los elementos para triunfar, menos uno: le falta la cabeza. No obstante, con un mediano acierto y un poco de buena intención puede llenarse con relativa rapidez esta falta. Deponga el partido socialista su vanidad de nuevo rico, que le sienta bastante mal, por cierto; hagan sus dirigentes un escrupuloso examen de conciencia, sean sinceros, consigo mismos, procuren no engañarse y verán claramente que el partido socialista es absolutamente impotente para sacar de la situación actual las consecuencias prácticas que la salud de la clase trabajadora requiere. Dense cuenta de que lo que falta al proletariado no está en el partido socialista, pero que es idiota y cobarde irlo a buscar en Companys, Azaña y Martínez Barrio, y que si no se da con ello rápidamente la catástrofe es fatal, incluso para los socialistas. Sólo hay un medio de que el proletariado pueda hallar su propia cabeza: liquidar toda ilusión con respecto a los buenos oficios del republicanismo de izquierda; orientarse enérgicamente y sin reservas hacia el proletariado; facilitar y hacer posible, sin segundas intenciones, por medio de la creación de una inmensa plataforma, la expresión del pensamiento y de las posiciones políticas de todos los sectores del movimiento obrero, *por pequeños que sean*. A veces la verdad queda relegada por carecer de órgano de expresión. Y sin verdad revolucionaria el proletariado no puede triunfar, aunque tenga un cuerpo inmenso.

Esteban Bilbao

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es